

LA MUERTE DE ENRIQUE II DE FRANCIA

“Rugieri, Nostradamus y Guarico la anunciaron. Los amores del Rey y la política francesa. La paz de Felipe II y los festejos de Saint Antoine. Catalina de Medecis y el caballo Desgracia. La lanza de Montgomery. Hinc dolor. Hinc lacrimoe....”

“Acabamos de firmar la paz el Rey de España y yo por lo cual no voy a desafiarle a duelo, como hizo mi padre desafiando a Carlos V”, decía Enrique II de Francia a Catalina de Médicis para asegurarle que no corría peligro alguno.

La profecía del gran astrologo Rugieri, confirmada por Nostradamus, indicaba que Enrique II moriría en un duelo. Catalina de Médicis supersticiosa en grado máximo había adoptado múltiples medidas que pusieran fuera de riesgo la vida del Rey. Intrigada por lo curioso del horóscopo, toda vez que era de muy difícil cumplimiento ya que los reyes no se batían en duelo, pidió al astrólogo Lucas Guarico que le explicara el caso. Y Guarico escribió: el Rey “debe evitar todo combate en campo cerrado, especialmente a los cuarenta y un años porque en esta época parece estar amenazado de recibir una grave herida en la cabeza”.

Los años habían pasado y el rey se encontraba en la edad de que trataba la profecía. La guerra, la política interna y el amor ocupaban por entero las energías de los grandes príncipes de la época. Enrique II era un monarca inteligente y valeroso que se empeñaba en sacar a Francia de estado caótico producto de las empresas acometidas por Francisco I. El matrimonio con la Medecis le había dado seis hijos. Sus amores con Diana de Poitiers le daba un tinte alegre a la vida melancólica del monarca que no parecía un descendiente del primero y más fastuoso de los Valois. Y la reina había aceptado con doloroso orgullo esta infidelidad, resignándose a mantener su posición en la corte que le trataba como una advenediza por su origen italiano. El cuidado de los hijos a quienes había preparado para el momento en que tuvieran que dirigir la política francesa embargaba por entero el carácter y el espíritu de la florentina. Los años tiernos en que el amor del rey había acariciado y transportado a las ensoñaciones de la jovencita habían pasado rápidamente y dieron lugar a las realidades de la vida y los problemas de Estado.

Nos encontramos en junio de 1.559. Por el Tratado de Cateau-Cambresis Enrique renunció a los posibles derechos al dominio de Italia, firmando la paz con Felipe II a quien entregó por esposa a su hija Isabel, al tiempo que concedía la mano de su

hermana Margarita al duque Filiberto de Saboya. Francia entraba a una etapa de estabilidad en virtud a las hábiles y prudentes maniobras del soberano. Y el espíritu francés festejaba la situación y las próximas bodas con una serie de certámenes que tendían a quitar de la mente popular fermentos de inconformidad hacia la justicia feudal que entonces gravitaba sobre las clases inferiores. Ante el palacio de Tournelles, en París, se llevaría a cabo un formidable torneo para que los caballeros rompieran lanzas en nombre de sus damas, conquistando fama y honor. Estos torneos eran formidables espectáculos en que los nobles exhibían su valor personal y el manejo de las armas. Enrique II era un maestro en tales combates, celosamente educado por su padre desde los primeros años. Y en esos ejercicios encontraba campo propicio al desahogo de la melancolía que le embargaba de continuo. Porque aquel monarca, prudente y justo, nunca vivió horas de alegría, haciendo contraste el temperamento taciturno del soberano con la jovialidad de los franceses.

El 28 de junio se iniciaron los festejos. Enrique II participó en los torneos y derribó sucesivamente a los duques de Saboya y de Guisa. Montaba el monarca su inquieto caballo negro que le había regalado Filiberto de Saboya, llamado Malheur (Desgracia). La Médecis musitó: “No sentiría tanta inquietud si el rey no montase ese caballo que le ha dado el duque de Saboya, un caballo que se llama Malheur...”

Pero Enrique II era un formidable guerrero. Su aspecto imponente luciendo los colores negro y blanco de la favorita Diana de Poitiers, la seguridad con que embrazaba la lanza manejaba la energía indómita del corcel, daban la sensación de que era imposible vencerlo y de que Francia tenía en el trono a la primera espada. Hemos dicho que Filiberto de Saboya y el duque de Guisa mordieron el polvo ante el empuje irresistible del monarca. Solo el escocés Gabriel de Montgomery resistió el choque con el Valois y aún le hizo vacilar en los estribos. Pero el día había terminado con éxito. No había hecho su entrada en la liza la desgracia.

Al tercer día del torneo la suerte favorecía al Rey. Seis lanzas rompió con gran éxito en medio de las aclamaciones del pueblo y de Catalina de Médecis y Diana de Poitiers. El sol caía como plomo derretido en las arenas de la liza y un calor infernal sofocaba a los combatientes. Chorreando sudor y el cabello y la barba revueltos, con el casco y un trozo de lanza en la mano derecha, Enrique II regresó por sexta vez al borde de la palestra montando a Malheur. El condestable Montmorency y el mariscal de Vieilleville le pidieron que no combatiera de nuevo para satisfacer a la reina que había tenido un mal sueño. El Rey se rio y respondió todavía quiero correr contra Montgomery. “Ese diablo estuvo ayer a punto de derribarme”. Y ante el ruego de la Reina le hizo decir por el duque de Neumours.

“Nuestro señor está decidido a combatir. Os manda decir que no combatirá precisamente sino por el amor a vuestra majestad. Palabras que respondían a la galantería clásica del mejor de los franceses y a las cuales Catalina dio el valor exacto que tenían.

Gabriel de Montgommery era un hombre alto y robusto. Tan alto y robusto como el Rey, su amo, su armadura bruñida de grandes hombreras y su yelmo cuadrado desprovisto de abertura y forjado de una sola pieza le daban un aspecto aterrador. Montaba un caballo negro cuyo pesado arnés no parecía frenar su ímpetu pues caracoleaba y se engallaba con impaciencia. Ante la insistencia del rey, le aseguró que ya había roto muchas lanzas con enorme pericia y que Blaise Montluc le había visto en sueños sentado y chorreando sangre por lo cual el mismo temía una desgracia no vacilando en rogarle que desistieran del combate pero venció la terquedad del monarca y Montgomery no tuvo mas remedio que tomar sitio en la liza. Un lúgubre silencio se adueñó del campo de combate. Los contendores de idéntica estatura e igualmente montados en poderosos corceles negros, embrazaron lanzas y esperaron el toque de las trompetas a cuyo sonido partieron como bólidos encontrándose en el centro de la liza, para golpearse con furia infernal haciéndose astillas las armas, pero manteniéndose ambos jinetes a caballo para acometerse con redoblado brío. En el segundo choque la lanza de Enrique golpeó el pecho del escocés que resistió el impacto y dirigió el trozo de la suya al yelmo del monarca cuya visera se alzó permitiendo que la punta de la lanza de su adversario penetrara en un ojo.

Enrique II es lanzado con fuerza terrible hacia atrás. Pareció perder los estribos pero logró mantenerse en el lomo de Malheur al tiempo que decía “Soy muerto”. Un escudero sujetó por la brida el corcel y recibió el cuerpo del soberano. Maese Ambroise Paré, medico de la corte, le quitó el yelmo inclinándose sobre el ojo cubierto de sangre. La lanza había penetrado por un ojo y salido por el oído. Entorno a Enrique II tendido en la liza del barrio de Saint Antoine se aglomeran los nobles y el pueblo. Los brazos están abiertos en cruz y el cuerpo cubierto de acero reposa inerte sobre las arenas del campo de combate; ha perdido el sentido y un ronquido fuerte se escapa de sus labios. Catalina de Médecis se acerca y le contempla llena de dolor, pero sin perder su majestad característica. También se acerca Diana de Poitiers que exclama desesperada ¡Enrique! ¡ Enrique! A lo cual responde la florentina con indignación “No guardareis, señora, un poco de compostura?”

Once días dura la agonía del rey, a los cuatro de ella recobra el conocimiento y solicita que ninguna acción se adelante contra el homicida ocasional Gabriel de Montgomery. Luego llama a Catalina y la instruye sobre los negocios de Estado,

recomendándole particularmente la educación de los hijos. Y rodeado de ellos muere cristianamente en medio de un dolor general.

El dolor de la reina es enorme, cambia las armas de su blasón por la lanza rota con la siguiente leyenda: "Hinc dolor, Hinc lacrimae".

De aquí mi dolor. De aquí mis lágrimas.....".

HUGO MANTILLA CORREA

Publicado en VERTICAL el 8 de Octubre de 1960